

su lado "¿Qué es de mí? dijo, ¿qué me queda despues de este desencanto?"

—Alza la frente, dijo el viejo . . . álzala y bendice á tu Dios *te queda la esperanza*

El viejo se desvaneció entre las nubes que arrastraba una ráfaga de viento

Yo quedé sumergido en hondas reflexiones.

—Vea vd., me dijo Mr. Gland, hemos pasado lugares muy interesantes sin habernos fijado en ellos. New-Castle, Clips Gaf Mill, Cisco posas, paraderos del camino, pueblos en gérmen, con sus historias interesantes.

Cisco está á 5,939 piés sobre el nivel del mar, tres millas al Oeste de Tamarak: hay aquí como 400 habitantes, en esas colmenas de palo que está vd. viendo.

El wagon avanzaba sobre negras masas de roca que sobresalen de las lomas.

—¿Ve vd., me dijo mi guía, esas pilas de madera, esas tablazones, esas vigas? Vea vd. esas hileras como de cucuruchos de payaso: son las casas de Truekee. La ciudad está al Norte, tiene como 2,000 habitantes y pertenece al condado de la Nevada; de aquí parten los caminos para el Oregon y Sacramento; hay tres hoteles, tienen un periódico y por todas partes hay escuelas.

Rastros de cercas, establos, carruajes mucha madera á la orilla del rio ese lugar se llama "Boca:" está cinco mil quinientos piés sobre el nivel del mar.

Vea vd. ahora correr el tren haciendo *zig-zag* sobre las aguas del rio: le atraviesa, como que lo persigue y sorprende, como el juego de un monstruo marino, de un gigantesco caiman todo entre árboles tronchados, entre rocas des-

pedazadas, sobre aguas que caen en cascadas á incorporarse con las aguas del rio.

Hemos pasado varios grupos de chocillas. Son *Bronco* y *Verdi*.

¿Ve vd. esas llanuras como de mármol blanco? ¿Ve vd. esos horizontes tranquilos que redondean el suelo y como que le forman borde en un infinito de claridad magnífica?

En este lugar se produce muy frecuentemente el fenómeno llamado *miraje*. Es decir, al viajero rendido de fatiga en estas soledades, se le presentan de repente, y á corta distancia, fértiles llanos cruzados por rios cristalinos, arboledas sombrías, edificios, torres y todos los atractivos del descanso . . . y aquello es una ilusion . . . el viajero corre ansioso y la ilusion se retira y se desvanece como un sueño de felicidad que trae en pos de sí el desengaño y el abatimiento . . . Ese es el *Miraje* tan celebrado por los viajeros.

Vamos ahora á llegar á *Winremuca*: véala vd. naciente en el desierto y se fijará en sus hoteles . . . nos saldrán á recibir sus periódicos, nos señalarán en la fonda los lugares ántes ocupados por los indios Pinkas . . . despues sigue *Golconda* y lo que llaman *Iron Point*, que está situado en una cañada profundísima, lo mismo que la *Palizada* y *Cartin*, donde se hace el consumo de madera.

Todos estos lugares son accidentados al extremo: el tren hace evoluciones que solo viéndose se pueden comprender. A veces como que asciende aéreo y vuela, dejando á sus piés despeñaderos y cascadas: otras como que se sumerge entre las peñas y va soltando á su espalda los rieles, que se tienden sobre crujías de palizadas, tejidos de alambre, ó como que se va asiendo á barretones de fierro.

En los desfiladeros se multiplican los galerones, que son inmensos, y sus armazones de bóvedas, y sus vigas, nos hacen creer como que vamos dentro del esqueleto de un gran monstruo al chocar con sus costillares, que hacen barras de luz y sombra al ir corriendo.

Desde *Cartin* cobra el paisaje el aspecto de los desiertos mineros, y así es *Elko*, condado de la Nevada, *Peco Disth* y *Toano*.

Tierra aridísima, montones de los terreros de las minas tristes y verdiosos.

Por donde quiera que se vuelven los ojos hay minas de plata y oro, hasta deslumbrar, hasta fatigar la atencion.

En *Toano* se hace el camino más quebrado; pero de entre las hendeduras de las rocas, en las quiebras, en algunas alturas, sonríe la vegetacion, anunciando la Cañada de *Kelcton*, que tiene grandes lagos y pintorescas colinas: en *Kelcton* hay estacion en forma, en contacto con los caminos y líneas de vapor del Oregon.

Abundan en este territorio las minas de cuarzo y oro.

El país minero es de 150 millas: allí cerca tiene vd. al Condado *Hada*, con 6,000 habitantes; hay más de 500 casas de ladrillo. Más adelante está la poblacion . . .

Esas grandes rocas como columnas, cuyas cimas apenas alcanza la vista, es el *Monument Point*, los lagos que están á su pié se llaman *Alcalinos*, el aire en estos lugares es sofocante y malsano.

Desde las alturas de esas rocas se percibe el gran Lago *Salado*.

No se fije vd. en ese grupo de casucas: es *Rosel*.

Este gran conjunto de rocas, me dijo mi guía, siempre al

avanzar rapidísimo del tren, es Promontory: aquí se verificó la union de los caminos en Mayo de 1862. Vamos adelante.

—No adelante, dijo Lorenzo, que bien vale la pena refiera vd. á *Fidel* algo de aquella solemnidad que completó la comunicacion rápida de los polos, uniendo al Atlántico con el Pacífico.

—Yo no recuerdo bien, replicó Mr. Gland; pero vd. podría referirnos algunos pormenores de aquel grande acontecimiento.

—Escuche vd. lo que recuerdo, aunque muy confusamente, continuó Lorenzo, y eso porque hace poco refresqué mis ideas con la más popular Guía de viajeros titulada: "Crosst's Tras-Continental Tourist." Despues de recapacitar algunos instantes, así habló Lorenzo:

"El lunes 10 de Mayo de 1869, en este punto se fijó el último clavo, ó como si dijésemos, el amarre de los lazos que unen al Atlántico con el Pacífico.

En este lugar parece que se habian dado cita los representantes de todos los pueblos del globo, bajo arcos y bóvedas de banderas de todas las naciones.

Se terminaba aquí la construccion de 1,774 millas, que era el trayecto del camino.

La agitacion era inmensa: al tropel de las gentes, á los ecos de las músicas, como que se despertaba y salia de sus soledades el desierto. Era el gran jubileo de la confraternidad de los pueblos, las nupcias de los antípodas, la alianza santa de todos los hombres.

En aquel mar de gente que en oleadas llegaba á las orillas del camino, sobresalian lonas haciendo sombra, edificios portátiles, ómnibus, diligencias, guayines y carros como zo-

zobrando en aquellos oleajes en que todos los ruidos brotaban entre todos los colores y se repercutian en todos los ecos.

El punto en que se iban á unir los caminos, dejaba ver un claro con los durmientes preparados y los rieles á un lado, para fijarse en el instante que el sol tocase en el zenit.

En San Francisco se habian reunido á las campanas, por medio de alambres telegráficos, los alambres con que se toca á fuego, poniéndose en conexion con el alambre principal, comunicando Baltimore, Filadelfia, Chicago y Cincinnati, con el objeto de que en un solo instante llevase el rayo á pueblos lejanos la noticia de aquella gran victoria de la humanidad.

El sol estaba próximo á marcar el instante de la gran solemnidad; el presidente Stanford apareció representando al Ferrocarril Central; el H. M. Durand representaba el Ferrocarril de la Union, con el carácter de vice-presidente.

Millares de voces invocaron la asistencia divina al colocarse los últimos rieles: entónces se dejaron ver tres personajes, cada uno con un clavo en la mano: dos clavos de oro de California y la Arizona, uno de plata de la Nevada.

Vióse tambien á otro personaje con un martillo de plata, de que pendia un alambre unido al telégrafo.

A cierto momento surgieron de entre el concurso, por lados opuestos, dos hermosísimas locomotoras: el "Júpiter," del Ferrocarril Central, y la "116" del Pacífico: vieron llegarse como dos paladines armados de punta en blanco... como que hablaron, como que se estrecharon, mugiendo potentes.

Por fin brilló el sol, dando la gran señal del regocijo: se fijan los rieles, clamorean las máquinas, el mundo prorum-

pe en aclamaciones, y al primer martillazo dado por Stanford al clavo de oro, lleva el telégrafo la noticia á los más remotos pueblos, donde repite el entusiasmo, el himno de triunfo sobre el tiempo y la distancia.

Multitud de personas, subiéndose en las máquinas, tocaron sus copas y estallaron mil ¡vivas! corria el vino á torrentes, y nunca júbilo mayor fué más legítimo que el que despertó los ecos de estos desiertos y estremeció las eternas nieves de estas montañas!

Varias veces en cortísimo tiempo se tuvieron que reponer los rieles, porque las gentes arrancaban fragmentos, para guardarlos como reliquias de aquel gran suceso y de aquel gran día. . . .

Cesó de hablar Lorenzo: M. Gland aplaudió, certificando su exacta relacion.

Habiamos pasado entre tanto los campos solitarios cubiertos de nieve de *Blue Creeks*.

El tiempo era muy inclemente y se hacia sentir el frio, no obstante que los tubos funcionaban á nuestros piés.

Soplaba el huracan, se desataba una tempestad de nieve espantosa. . . . los gemidos del viento y los aullidos de la máquina se perdían en aquellas soledades, en que no quedaba un solo resquicio, un fragmento el más ligero de vida.

En el interior del wagon parecia hacerse el duelo de la naturaleza, por una reunion de cadáveres.

De repente me pareció escuchar algo como un canto, como los acentos de una música que más bien eran ayes doloridos.

Asoméme á una ventanilla, en un alto que hizo el wagon, y al borde de aquel camino lúgubre, en aquella soledad sin arrimo alguno, ví de pié. . . . un ciego con su barba blanca,

apoyado en un báculo, y una niña, bella como un ángel, medio desnuda, á su lado, reclamando con sus cantos el ciego, la piedad de los pasajeros.

El horizonte sombrío, la nieve, la soledad terrible: estos eran los componentes del cuadro más conmovedor y patético que yo haya visto en mi vida.

Varios pasajeros arrojaron monedas al ciego; éste, por medio de la niña, hizo circular sentidísimos versos impresos, de que siento no haber guardado copia. . . .

Estábamos á corta distancia de Ogden, lugar en que termina el Ferrocarril Central y se cambian los trenes.

Las sombras caian sobre los llanos cubiertos de nieve.

Yo me retiré solitario al cuarto de fumar, y en el libro de mis apuntaciones dejé el recuerdo que sigue de la escena que tenia ante mis ojos:

CAMPOS DE NIEVE.

Ni una ave cruza los vientos,
Ni hay en la tierra una planta,
Blanco sudario de nieve
Cubre el valle y las montañas,
Donde osamentas remedan
Del árbol las secas ramas
Que en la nieve sobresalen,
Y que con esfuerzo se alzan
Como pidiendo socorro,
Porque miseras naufragan.
Cual cadáveres parecen
De edificios, las cabañas,
Con los postigos cerrados
De sus amarillas tablas.